
Cristian Gros

Colombia indígena. Identidad cultural y cambio social

CEREC, Bogotá, 1991.

La imagen de tres delegados indígenas participando, con plenos derechos, en las deliberaciones de la pasada Asamblea Nacional Constituyente continúa proyectándose, aún tres años después, como símbolo del espíritu de tolerancia y pluralidad que inspiró el texto constitucional del año 91.

Este hecho, junto con la adopción de un amplio catálogo de derechos que abre las puertas a la integración política de las comunidades indígenas a la sociedad colombiana, representa para muchos la mejor demostración de las posibilidades de ampliación de nuestra democracia. Experiencia que algunos creen puede ser rescatada, para hacer posible la integración de otros sectores política, étnica o culturalmente marginados.

Mientras los indígenas colombianos, que constituyen el 2% de la población, reciben un tratamiento equiparable al que se otorga a las mayorías políticas; en México, Ecuador, Guatemala, Perú o Bolivia, en donde las minorías étnicas son en realidad mayorías que representan entre un 30 y un 50% de la población, se les desconoce por diversas vías sus derechos y se los mantiene al margen de la actividad política. El contraste entre los delegatarios indígenas colombianos, reformando la Constitución, y los insurgentes de Chiapas o los huelguistas del Ecuador, enfrentando la represión del Ejército, no podría ser más significativo.

¿Cómo explicar entonces las particularidades del caso colombiano?

El libro de Cristian Gros es sin duda un valioso aporte en esa dirección. Este trabajo integra nueve ensayos, escritos entre 1976 y 1990, la mayoría de los cuales habían sido ya publicados en francés. Los artículos están agrupados en tres unidades temáti-

cas, que giran en torno a los ejes de reflexión del autor: el contradictorio proceso de modernización de las comunidades indígenas, los esfuerzos por defender su identidad frente a las organizaciones de izquierda y las transformaciones que se han operado en su relación con el Estado.

La primera parte, "Transformaciones y continuidad en el Vaupés", incluye dos ensayos producto de un amplio trabajo de campo del autor, en los cuales analiza el impacto que ha tenido sobre la comunidad Tukano, del territorio del Vaupés, la aproximación a prácticas económicas o culturales de la "civilización". En primer lugar se ocupa de las transformaciones en el mundo del trabajo, a partir del empleo de herramientas como motosierras y lanchas a motor, que han ampliado enormemente la productividad del trabajo, modificando también la relación con el tiempo y las distancias, pero que también han obligado a los indígenas a acumular los recursos necesarios para tener acceso a esas técnicas, con la consecuente modificación de su relación con el dinero y en general con el trabajo. En segundo lugar, analiza el impacto que ha tenido sobre esta comunidad la llegada de nuevos agentes culturales, misioneros, antropólogos y maestros, entre otros, que han transformado su relación con el conocimiento y su transmisión. Todo ello con profundas consecuencias sobre su autonomía, que coloca a los indígenas en una creciente situación de inferioridad frente a los nuevos actores presentes en la región.

En la segunda parte, "Guerrillas y organizaciones indígenas veinte años después", Gros cuestiona una relación que, en el discurso de la izquierda latinoamericana, habitualmente se presentó como respetuosa y mu-

tuamente constructiva. Aun cuando los dos capítulos, que conforman esta segunda parte, son los que menos referencias hacen del caso colombiano, las sugestivas reflexiones sobre el impacto de la lucha armada en países con un alto porcentaje de población indígena, como Guatemala y Perú, plantean numerosos interrogantes sobre la relación entre guerrillas y movimiento indígena en el caso colombiano, durante las últimas dos décadas. Además la reflexión sobre los desencuentros entre indígenas y movimiento armado fueron escritas, como lo señala el propio autor, pensando en nuestro país y en la crisis del movimiento campesino de los años setenta, agudizada por el dogmatismo y el sectarismo de la izquierda colombiana.

El desencuentro entre las vanguardias armadas y los campesinos que habitan la "zona de operaciones" de la guerrilla, cuyos efectos hemos conocido en Colombia durante los últimos años, alcanza un nivel verdaderamente dramático cuando se trata de pueblos indígenas, a los cuales la guerrilla cree que debe liberar de una doble explotación: económica y racial. Los comandantes guerrilleros se encuentran en una condición de triple exterioridad frente a las comunidades indígenas: como intelectuales, como ciudadanos y como blancos, que refleja la incapacidad de la guerrilla para entender la compleja realidad indígena, que pretendía transformar. Situación que recuerda los esfuerzos de la élite criolla, a comienzos del siglo pasado, por movilizar a los indios a favor de la independencia de España y en defensa de unos intereses que nada tenían que ver con los de las comunidades indígenas, tal como vino a demostrarlo el acelerado deterioro de sus condiciones de vida, una vez con-

quistada su "libertad" en el campo de batalla.

Las dificultades para interpretar la realidad indígena, según el análisis de Gros, pueden generalizarse a la izquierda latinoamericana, que no ha sabido o no ha podido desembarazar-se de rígidos esquemas que le impiden una comprensión respetuosa de esta realidad. Los "compañeros indígenas" son generalmente, para los grupos de izquierda, más lo primero que lo segundo. Es decir, comparten junto con otros sectores oprimidos la explotación del capitalismo y del imperialismo, y en este sentido son "compañeros" que deben participar al lado de "los otros" en la lucha por la liberación nacional; dejando a un lado sus particularidades propiamente indígenas que, de otra parte, son para muchos revolucionarios una muestra del atraso, el analfabetismo y la dominación ideológica que se pretende superar. Ellos y los campesinos que habitan las zonas rurales, escenario de la lucha armada en nuestro continente, constituyen la fuerza principal de la evolución, pero no reúnen las condiciones para desempeñar el papel dirigente.

Por último, hay que añadir un obstáculo no menos importante entre estos dos actores: el nacionalismo criollo heredado de las luchas de emancipación que recoge la izquierda en su plataforma de liberación nacional. En efecto, la lucha antiimperialista convoca, desde esta óptica, a todo el pueblo y a toda la nación y en ella no hay lugar para las reivindicaciones étnicas o para las minorías nacionales. Martí, Sandino o Bolívar son los símbolos de la nueva lucha, pero son símbolos que poco significado tienen para los pueblos indios o, si lo tienen, es en un sentido negativo. Por ello resulta dramático, si traemos los argumentos de Gros al caso colombiano, recordar las relaciones que sostuvieron los guerrilleros indígenas del Movimiento Armado Quintín Lame con la "Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar", y que llevó a que uno de sus destacamentos se incorporara al "Bataillón América", junto al cual participaron durante varios meses por fuera

de su territorio, en la campaña "Paso de vencedores", una de las acciones más negativas para el Quintín Lame, tal como habrían de reconocerlo sus antiguos dirigentes años más tarde.

En la tercera parte, "El Estado y las comunidades indígenas en Colombia: Autonomía y dependencia", el trabajo de Gros aborda el análisis de las transformaciones que se han producido, en las últimas tres décadas, en la relación entre estos dos actores. Siguiendo, de alguna manera, el camino abierto por trabajos anteriores, como el de Myriam Jimeno y Adolfo Triana, Estado y minorías étnicas en Colombia, los cinco artículos que componen esta tercera parte siguen de cerca la evolución paralela, y no pocas veces contradictoria, de los dos actores mencionados.

En cuanto al Estado, éste transita entre dos posiciones bien diferenciadas: de una parte una política agresivamente intervencionista, que pretende vigilar el desarrollo de las comunidades y de las organizaciones indígenas, que se habían recomposto o creado a partir de los años setenta, y desarrollar una política clientelista que rompa los intentos de organización de los indígenas y facilite la intervención del gobierno; de otra parte una política conciliatoria, formalmente respetuosa de la autonomía indígena, que comienza por reconocer importantes derechos territoriales y que termina por favorecer los procesos de organización y de integración política de los indígenas.

En cuanto a estos, sus posiciones también han variado, pasando de un rechazo a toda forma de presencia estatal, a un reconocimiento del Estado como alternativa para ser ellos mismos reconocidos, dentro de un marco jurídico en el cual encontraron posibilidades para reclamar derechos que venían siendo por décadas desconocidos. Este cambio, sumado al importante proceso de organización de los últimos veinte años, fue el comienzo del proceso que habría de llevarlos a la Constituyente del año 91 –acontecimiento que está por fuera del período estudiado por el autor– y que bien podría derivar en compromisos más

sólidos y de fondo con el Estado, los cuales podrían conducir, en un futuro no muy lejano, a que las comunidades indígenas y sus autoridades se conviertan en vehículos de políticas estatales, garantizando así un mutuo reconocimiento y la estabilización política y social de territorios tradicionalmente marginados.

El libro de Cristian Gros amplía, sin duda, el horizonte analítico del complejo proceso de desarrollo de las comunidades indígenas colombianas. No obstante, quisiera señalar dos dificultades que presenta el texto: de una parte, el hecho de que el movimiento indígena sea, a veces, considerado como una unidad lo cual, dadas las enormes diferencias entre las casi cien comunidades que componen la población indígena del país, es altamente improbable; de otra parte, y se trata de un problema común a todos los investigadores que en algún momento nos hemos acercado al tema, está la dificultad de confrontar las fuentes de información por lo cual, en ocasiones, se tiene la impresión de estar leyendo las interpretaciones que las organizaciones indígenas han hecho de sí mismas, lo cual si bien no sería un problema en un trabajo de carácter testimonial, si puede serlo para un texto analítico como el de Gros.

Finalmente, debo anotar que la forma como ha evolucionado la situación de los indígenas en Colombia, tan particular en el contexto latinoamericano, puede encontrar una posible explicación en la confluencia de tres situaciones aparentemente divergentes: de una parte, una población indígena minoritaria, que no representa un peligro real para la estabilidad social y política del país; de otra parte, el hecho de que esta población haya alcanzado un alto grado de organización, que le permite ser un interlocutor válido con el Estado; y por último, el hecho de que esta población esté asentada en extensos territorios selváticos y de frontera, de gran interés estratégico para el Estado.

Nada de lo alcanzado hasta ahora por las organizaciones indígenas, se ha logrado sin enormes sacrificios. En

efecto, la aparente confluencia entre los intereses de los indígenas y del Estado, no debe hacernos olvidar que este proceso se ha llevado a cabo en un contexto extremadamente violento, en el cual las comunidades indígenas han sido, y continúan siendo, sometidas a las presiones de grupos paramilitares, de terratenientes, de narcotraficantes, de grupos guerrilleros y de las

propias autoridades locales. Esto, sumado a los bajísimos niveles de ingreso, de salubridad y de educación que afectan a la población indígena, y a las múltiples presiones sobre sus territorios, puede llevar al desarrollo de futuros conflictos, cuya solución dependerá en gran medida de la capacidad de las organizaciones indígenas para conservar su autonomía, frente

a los distintos actores que la amenazan, entre ellos el propio Estado.

Ricardo Peñaranda, historiador, profesor de la Facultad de Derecho e investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
